

**LA VIOLENCIA EN NUESTRO TIEMPO: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA,
SOCIAL Y PSICOANALÍTICA.
JAIME ISAAC ROJAS AVILA***

* Licenciado en Psicología, egresado de la Facultad de psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México y Maestro en Psicoterapia Psicoanalítica, egresado del Colegio Internacional de Educación Superior.

Recepción: 2 de julio de 2016 / Aceptación 8 de agosto de 2016.

RESUMEN

El actual incremento de la violencia tanto en cantidad como en sus particularidades o cualidades de expresión en diversos ámbitos de nuestra vida cotidiana, como pueden ser la familia, el trabajo, la escuela y en la interacción social en general, propicia la necesidad de buscar explicaciones que nos otorguen la posibilidad de intervenir o actuar sobre este fenómeno; lo anterior con el fin de no entrar en un proceso mimético, es decir, de evitar contagiarnos de violencia que nos puede llevar incluso, a actuarla sin percatarnos de ello. Para tratar de alcanzar lo anterior, el presente artículo aborda desde tres vertientes el tema de la violencia, a saber: histórico, social y psicoanalítico; la intención o el objetivo inicial es favorecer cuestionamientos acerca de la violencia, tales como: ¿qué es?, ¿de dónde viene?, ¿qué o quienes la provocan?, ¿es esperada o necesaria?, ¿es evitable?, ¿se puede realizar algo para contenerla o inclusive evitarla?; para ello, se realiza un análisis documental que permite al final acercarnos a responder algunas de los cuestionamientos descritos y proponer, de manera incipiente, alternativas que nos permitan entender la violencia como un fenómeno que es multifactorial, individual y colectivo, necesariamente complejo, cuestionable y el cual, debería invitarnos a la reflexión.

PALABRAS CLAVE: Violencia, Barbarie, Historia, Materno, Religión, Psicoanálisis.

SUMMARY

The violence in our time: a historical, social and psychoanalytic approximation. The current increase of the violence both in quantity and in its particularities or qualities of expression in diverse areas of our daily life, since it can be the family, the work, the school and in the social interaction in general, propitiates the need to look for explanations that grant us the possibility of intervening or acting on this phenomenon; the previous thing in order not to enter a mimetic process, that is to say, of avoiding to be contagious of violence that can take us even, to operating it without noticing it. To try to reach the previous thing, the present article approaches from three slopes the topic of the violence, namely: historical, social and psychoanalytic; the intention or the initial aim is to favor questions brings over of the violence, such as: what is?, wherefrom does it come?, what or those who provoke it?, is it waited or necessary?, is it avoidable?, is it possible to realize something to contain it or inclusive avoid it?; for it, there is realized a documentary analysis that allows to approach to answer us ultimately some of the described questions and to propose, in an incipient way, alternatives that allow us to understand the violence as a phenomenon that is multifactorial, individually and collectively, necessarily complex, questionably and which, it should invite us to the reflection.

KEY WORDS: Violence, Barbarism, History, Mother, Religion, Psychoanalysis.

RÉSUMÉ

La violence dans notre temps: Une approche historique, sociale et psychanalytique. L'actuel développement de la violence dans une quantité et dans ses particularités ou des qualités d'expression dans de divers domaines de notre vie quotidienne, comme elles peuvent être la famille, le travail, l'école et dans l'interaction sociale en général, favorise la nécessité de chercher les explications qui nous octroient la possibilité d'intervenir ou d'agir sur ce phénomène; l'antérieur afin de ne pas commencer dans un processus mimétique c'est-à-dire d'éviter de se transmettre de la violence qui peut nous porter même, à la mettre en action sans nous apercevoir de cela. Pour essayer d'atteindre l'antérieur, l'article présent aborde depuis trois

versants le sujet de la violence à savoir : historique, social et psychanalytique; l'intention ou l'objectif initial est de favoriser des mises en question à propos de la violence, tels comme : qu'est-ce qui est ?, d'où vient-il ?, qu'ou ceux qui la provoquent ?, elle est attendue ou nécessaire ?, est-il évitable ?, peut-on réaliser quelque chose pour la contenir ou inclusivement l'éviter ?; pour cela, on réalise une analyse documentaire qui permet à la fin de nous rapprocher à répondre à certains des mises en question décrites et à proposer, d'une manière naissante, les alternatives qui nous permettent d'entendre la violence comme un phénomène qui est multifactorial, individuel et collectif, nécessairement complexe, discutable et lequel, il devrait nous inviter à la réflexion.

MOTS CLÉS: Violence, Barbarie, Histoire, Maternel, Religion, Psychanalyse.

“El hombre es un lobo para el hombre”.

Hobbes, T. [1].

“Cifras oficiales muestran un repunte de la violencia; sólo en abril, mil 533 homicidios” (8)[2], es el encabezado de un artículo de Martínez, F., publicado en el diario “La Jornada” del 22 de mayo de 2016, el cual además comienza con la afirmación: “En el primer cuatrimestre del año se registró un aumento generalizado en los niveles de violencia” (8)[2]; así, en este 2016, la tasa de asesinatos intencionales en México se ubica en 4.90 por cada 100 mil habitantes; no obstante, hay estados de la república en los cuales la tasa es mucho mayor, tal es el caso de Colima con 27.05, Guerrero con 19.29, Sinaloa con 10.29. Ahora bien, ¿qué nos dicen estos números? ¿son altos o bajos?, Muchembled, R. [3], retoma los estudios de Gurr, T.R. [4] y nos dice que a nivel histórico al menos en Europa durante la Edad Media se presentan altibajos o una curva en “S”, aunque con “un nivel muy alto de violencia homicida. El mínimo registrado es de seis y el máximo de ciento cincuenta por cien mil” (57) [3]; sin embargo, conforme pasaron las centurias y con el incremento de los castigos hacia los asesinos por medio del endurecimiento de las

leyes, en el siglo XIX en Europa, la tasa de asesinatos disminuye y se ubica en un rango de .5 a 2 por cien mil, si se excluyen las regiones rurales más violentas del viejo continente, entre 1880 y 1950 la tasa de homicidios se encuentra entre .4 y .6 por cien mil, es decir, mucho más baja que las tasas que se presentan actualmente en México, donde ciertamente el número de asesinatos por cantidad de habitantes en algunos lugares está muy cercano a los que se presentaban en la Europa medieval. Ante este panorama, es necesario cuestionar y preguntarnos sobre la violencia en sus diferentes niveles y expresiones que nos sigue tal como una sombra, y que además, de una u otra manera nos alcanza, ya sea como víctimas directas o indirectas de la misma, como ejecutores o simplemente como expectadores de este caos en el cual nos encontramos inmersos dentro de las grandes megalópolis, donde la sobrepoblación, el sobrecupo, la “sobre-espera”, las interminables filas para hacer trámites o simplemente para abordar el transporte público que nos lleve a nuestros empleos o de regreso al hogar, son elementos violentos y siniestramente cotidianos, decía Monsiváis, C.: “Una cola es la distancia más corta entre la paciencia y la disolución del Yo” (25) [5].

Podemos decir que en nuestro mundo actual, la violencia es una constante en el intercambio social, se habla recurrentemente de una “violencia contra las mujeres”, “violencia de género”, también de la “violencia en la escuela”, mejor conocida esta última como “bullying” o “acoso escolar”; también escuchamos de la “violencia en el trabajo”, “mobbing” o “acoso laboral”; asimismo, es continuo escuchar sobre la violencia hacia los niños, ancianos, homosexuales, indígenas o hacia todo aquel que sea ubicado en condiciones de vulnerabilidad, muchas veces asociadas con la pertenencia a un grupo minoritario de la sociedad; no obstante, también entre los individuos o grupos supuestamente menos expuestos se encuentra el riesgo de ser objeto o partícipe de conductas violentas.

Ahora bien, ¿qué es la violencia?, según Muchembled, R., la palabra “violencia” proviene del latín que significa “fuerza”, “vigor”, nos remite a “un ser humano de carácter iracundo y brutal. También define una relación de fuerza destinada a

someter o a obligar a otro "(17) [3]. Desde esta perspectiva podríamos comenzar a pensar y cuestionar si la violencia es parte inherente del ser humano ¿lo constituye y define como tal? ¿La violencia es necesaria para vivir o nos lleva inevitablemente a la muerte y al sufrimiento? ¿Es placentero el ejercicio de la violencia y la destrucción?

Preguntémonos ahora ¿de dónde proviene la violencia? ¿cuándo y con quién se gesta?, en este orden de ideas y partiendo de una perspectiva psicoanalítica, Auglanier, P., nos explica que hay dos tipos de violencia que se originan ya desde la relación que el pequeño humano tiene con la madre, por un lado la llamada "violencia primaria" que va acompañada de "el discurso materno...agente y el responsable del efecto de anticipación impuesto a aquel de quien se espera una respuesta que no puede proporcionar" (33) [6]; en esta perspectiva, el discurso de la madre es imponer un "Yo hablante" o un "Yo hablo", que ubica al niño como un mero "destinatario de un discurso, mientras que él carece de la posibilidad de apropiarse de la significación del enunciado" [6]. Se puede concretar entonces que la violencia primaria "designa lo que en el campo psíquico se impone desde el exterior a expensas de una primera violación de un espacio y de una actividad que obedece a leyes heterogéneas al Yo" (34) [6]. Por otra parte la autora mencionada, explica que la violencia puede tener tintes perjudiciales en la relación de la madre con el niño, a esta le llama "violencia secundaria", sobre esta explicita que "representa un exceso por lo general perjudicial y nunca necesario para el funcionamiento del Yo, pese a la proliferación y la difusión que demuestra" (34) [6].

De tal manera que cuando se habla de "violencia primaria", se refiere a una acción necesaria para la conformación del Yo, pues la postergación de la descarga, la consecuente tolerancia a la frustración y el predominio del principio de realidad tienen su precio, finalmente es una violencia que forja al Yo, podríamos pensar incluso que lo fortalece; por otra parte la "violencia secundaria" arremete contra el Yo "tanto si se trata de un conflicto entre diferentes Yoes como de un conflicto entre un Yo y un diktat de un discurso social cuya única meta es oponerse a todo cambio

en los modelos por él instituidos” (35) [6]. En este punto nos encontramos entonces ya con la noción de un “poder y un saber” que se ejerce en el sentido Foucaultiano del término; es decir, la madre sabe lo que le conviene al niño porque le conviene a ella y se lo impone, ya desde ahí entramos en un nudo conflictivo pues ese saber de la madre ¿desde dónde se encuentra fundamentado? ¿desde una positividad? ¿es epistemológico? ¿científico? ¿formalizado? Para tratar de entender estas preguntas podríamos definir primero el *saber positivo*: es un saber libre, es un espacio discursivo donde se puede decir más o menos lo que uno quiera; en el *epistemológico* ya se exige cierto rigor metodológico, organización y reglas; en el *científico* hay una rigidez en cuanto al lenguaje, es autoritario, ante las preguntas sólo hay una respuesta y en el *formalizado* hay una combinación o conjugación entre los saberes científicos sin libertad de movimiento con las instituciones de poder o que ostentan el mismo [7].

Se podría decir que ese discurso materno está impregnado un poco de todos esos saberes, aunque finalmente la idea es la imposición del mismo hacia el niño que hasta ciertos límites y niveles lo fortalece, lo acultura, lo civiliza, lo puede hacer un “ciudadano” según la ideología de Erasmo de Róterdam [8]; pero también podría gestar a un tirano o a un esclavo sin posibilidad de generar un pensamiento y discursos propios. Es complicado tratar de analizar el discurso materno que va dirigido al niño desde una connotación filosófica sobre el poder, no obstante, podríamos preguntarnos si “el Decir” de la madre es eso, una cuestión más original o relativamente independiente del discurso cientificista de cómo ser una “buena madre” desde una perspectiva de aquello vinculado con lo supuestamente sano, o más bien se encuentra impregnado de “lo Dicho”, de seguir los postulados de lo que recomienda el médico, el psicólogo o inclusive la amiga o la familia. En este orden de ideas, convendría plantear las ideas de E. Levinas citado por Corres, P., donde explica que “lo Dicho” es un discurso “estructurado, formalizado y su referente son las representaciones que el pensamiento produce en torno al mundo. El lenguaje de lo Dicho alude a lo general que se extrae de la experiencia de lo singular; es el medio de comunicación de las regularidades extraídas de lo plural” (21) [9]; en este

sentido lo Dicho se aleja del yo ético expresado por Levinas, E., pues éste es un tanto lo opuesto del yo cognoscente de la tradición socrática fundamentado en el pensamiento lógico-racional, cuya intención es poseer y controlar. Por el contrario, “el Decir” es el lenguaje de la alteridad “a través del cual habla el rostro, la sinceridad...no es descriptivo, ni puede entrar en un esquema o referir a un esquema cerrado, sino que este lenguaje alude al enigma, a la incertidumbre, a lo desconocido. El Decir es un lenguaje más próximo al arte y más distante de la ciencia y de las filosofías positivistas, así como también de las que se rigen por un pensamiento estrictamente lógico” (21) [9]. Entonces, el ejercicio de la maternidad a través del discurso de la madre, evidentemente no sólo en el sentido de lo verbal, sino también del cuerpo materno que le comunica al niño una aceptación o un rechazo será fundamental para la conformación psíquica de sujeto, de lo cual nos habla Caruso, I., al expresar: “la existencia psíquica del hombre depende del factor social y subjetivo de la aceptación...este factor de la aceptación por lo general no es enteramente consciente ni libremente decidido, pero presupone tanto la buena crianza y aún más la vinculación inconsciente” (22) [10]; podríamos suponer entonces que entre menos original, auténtica y cuestionadora sea la comunicación entre madre e hijo (a), la violencia se hace más partícipe como elemento destructivo y que a su vez propiciará tarde o temprano un sujeto tendiente a ser dominado por pulsiones aniquiladoras.

Es importante enfatizar respecto a la violencia secundaria que si esta “es tan amplia como persuasiva, hasta el punto de ser desconocida por sus propias víctimas, ello se debe a que logra apropiarse abusivamente de los calificativos de necesaria y de natural...” (35) [6]; esta hipótesis nos hace pensar en lo complejo que es la distinción entre un ejercicio de la violencia que estaría enfocado a potenciar la adaptación del sujeto al entorno social y por otra parte la violencia que cargada de elementos destructivos buscaría, consciente o inconscientemente la aniquilación del individuo.

La violencia entonces, es inevitable, siempre está ahí; en la historia de la humanidad. Podríamos decir que si nos ubicamos entre la edad media y la época

actual, usualmente los que ejercen la violencia extrema, entendida esta como el homicidio, son en su mayoría hombres, que además son jóvenes, entre los 15 y los 30 años aproximadamente; el sesgo por género y por edad se ha mantenido a lo largo de varios siglos, aunque ello no excluye que la mujer también ejerza o arengue a la violencia, no obstante, usualmente la mano ejecutora de los llamados “delitos de sangre” es la de un varón, quienes tienden a privar de la vida a veces a desconocidos por alguna riña o a personas más o menos cercanas, cabe señalar que en la mayor parte de los casos, el homicidio es cometido hacia alguien con quien ya se habían tenido algunas rencillas o conflictos, es decir con algún conocido, puede ser inclusive algún familiar; en el caso de la mujer, sobre todo si nos ubicamos en los siglos XV, XVI y XVII, eran en su mayoría señaladas y condenadas por asesinar a sus propios hijos, usualmente en el caso de aquellas que sin ser casadas quedaban encinta y buscaban deshacerse de la criatura muchas veces preocupadas por la imposibilidad de darle manutención [3].

Las relaciones humanas en general, desde la edad media hasta el siglo XVII o inclusive el XVIII, estuvieron impregnadas de brutalidad, el hombre de los siglos XIV, XV, XVI e inclusive parte del XVII tenía que estar instruido en el uso de la espada, era parte esencial de la formación de los mozos en la Europa de aquella época; ser hombre implicaba destreza con la espada y con el pene, dos símbolos de la masculinidad de aquel entonces [3].

Era relativamente común la pérdida de vidas humanas por meras antipatías o miradas provocadoras en la calle o en una taberna que concluían con la muerte de alguno(s) de los involucrado(s); cabe señalar que las leyes eran sumamente laxas en cuanto al castigo que se le podía otorgar al asesino, pues se “justificaba” su acción como producto de la juventud o como mero “asunto de jóvenes”; aunque se tienen registros de que en algunos lugares de Europa, como Francia, Alemania e Inglaterra, se aplicó durante una centuria de manera recurrente la llamada “Ley del Talión”, aproximadamente de 1550 a 1650 de forma generalizada, dicha medida se suprimió paulatinamente debido a que realmente no disminuía la manifestación de

la violencia y el índice de asesinatos, es decir, la barbarie no decae o se controla con más barbarie, una lección que a la humanidad le ha costado gran trabajo aprender; aunque la tentación de hacerle frente a un acto de violencia con actos barbáricos de venganza es sin duda fuerte.

Fue a partir del siglo XVII, cuando los indultos hacia los asesinos comenzaron a desaparecer, los monarcas endurecieron las leyes en contra de los homicidas y la tasa de asesinatos comenzó a decaer, inclusive aunque el homicidio fuera cometido de manera accidental o no intencional se otorgó una pena hacia aquel que era señalado como el responsable.

Sobre la base de lo anterior podríamos pensar entonces que la disminución de la violencia extrema, es decir el asesinato, fue debida al predominio de leyes y castigos más severos, no porque el ser humano en general haya alcanzado un nivel de desarrollo moral que le impidiera destruir a sus semejantes. En este sentido, Einstein, A. en 1932, establece una correspondencia con Freud, S. donde el cuestionamiento principal es “¿por qué la guerra?” [11], en esta comunicación epistolar, Einstein le afirma a Freud que “el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción. En épocas normales esta pasión existe en estado latente, y únicamente emerge en circunstancias inusuales; pero es relativamente sencillo ponerla en juego y exaltarla hasta el poder de una psicosis colectiva” (185) [11]; cabe señalar que a pesar de que la correspondencia es iniciada por Einstein, A. y se encuentra impregnada de una serie de cuestionamientos, realmente este último responde a muchos de ellos y quizá le deja a Freud, S. poco margen de respuesta; no obstante, éste retoma algunos de los planteamientos básicos del psicoanálisis relacionados con la pulsión de muerte y con algunos conceptos relacionados con la guerra, por ejemplo, le explica: “la guerra no sería un medio inapropiado para establecer la anhelada paz eterna, ya que es capaz de crear aquellas unidades mayores dentro de las cuales una poderosa violencia central vuelve imposible posteriores guerras. Empero, no es idónea para ello, pues los resultados de la conquista no suelen ser duraderos; las unidades recién creadas vuelven a

disolverse las más de las veces debido a la deficiente cohesión de la parte unida mediante la violencia” (191) [11]. Entonces, aunque la guerra aparezca como una forma de evitar la destrucción de una sociedad o comunidad, ésta es sólo un espejismo, pues tarde o temprano, esa violencia que se ejerció en contra de algún enemigo invasor o para conquistar a un pueblo, puede volverse en contra de la propia comunidad.

En la citada correspondencia entre Einstein, A. y Freud, S. [11], surge la idea de si el ejercicio del derecho o de las leyes podría mantener la paz entre los hombres, ante lo cual Freud plantea que realmente el ejercicio del derecho es la violencia de la mayoría “el derecho fue en su origen violencia bruta y todavía no puede prescindir de apoyarse en la violencia” (192) [11]. Asimismo, sobre el elemento pulsional destructivo, Freud, S. como quizá era de esperarse le da la razón a Einstein, A. en el sentido de que a los hombres es fácil entusiasmarlos con la guerra y además hace extensa la presencia de la pulsión de destrucción en todo ser vivo: “se afana en producir su descomposición, en reducir la vida al estado de la materia inanimada” (194) [11]; añade que “La pulsión de muerte deviene pulsión de destrucción cuando es dirigida hacia afuera, hacia los objetos, con ayuda de órganos particulares. El ser vivo preserva su propia vida destruyendo la ajena, por así decir” (194) [11].

El intercambio de ideas entre los dos genios, uno de la física y otro del psicoanálisis, casi concluye con la pregunta que Freud, S., realiza a Einstein, A. sobre ellos mismos en el sentido de ¿por qué se sublevan tanto contra la guerra al igual que muchas otras personas?, si podría pensarse que a veces la guerra podría generar un alivio o se convierte en una válvula de escape para que el sujeto no termine siendo presa de sus propias pulsiones de muerte vueltas hacia sí mismo; ante esta situación Freud afirma: “todo hombre tiene derecho a su propia vida, porque la guerra aniquila promisorias vidas humanas, pone al individuo en situaciones indignas, lo compele a matar a otros, cosa que él no quiere, destruye preciosos valores materiales, productos del trabajo humano, y tantas cosas más” (196) [11].

Freud, S., apuesta por el proceso de aculturación o civilización como una de las soluciones en contra de la guerra, de la violencia extrema; dicho predominio de la cultura involucraría dos elementos principales: 1) el fortalecimiento del intelecto y 2) la interiorización de la inclinación a agredir, este último proceso con todos los riesgos que podría implicar; se calificaba a él mismo y a Einstein, A. como pacifistas casi por cuestiones ya orgánicas, producto de la cultura que los habría modificado en su esencia; no obstante, habría que pensar que finalmente el conocimiento, la genialidad de Einstein, A. serían usadas para la fabricación de una de las primeras armas de destrucción masiva.

Todos estamos expuestos a la violencia y también la originamos, en esta doble vía, los mitos y las religiones han tenido un papel fundamental como provocadoras y al mismo tiempo represoras; Girard, R. [12], en su texto "Veo a Satán caer como el Relámpago" plantea lo siguiente: "la diferencia entre el relato bíblico y el mito de Edipo, o cualquier otro, es tan grande que no puede haber ninguna mayor. Es la diferencia entre un mundo donde triunfa la violencia arbitraria sin ser reconocida como tal y un mundo en el que, al contrario, esa misma violencia es expuesta, denunciada y, finalmente perdonada. La diferencia entre una verdad y una mentira, ambas absolutas. O bien se sucumbe al contagio de los apasionamientos miméticos y se está en la mentira con los mitos, o bien se resiste a ese contagio y se está en la verdad con la Biblia" (153) [12]. En los mitos, el héroe o protagonista termina como víctima, como ser sufriente y sacrificado sin posibilidad de ser rescatado y sobre el cual cae toda la injusticia del mundo; no obstante, en la biblia, al menos en el Antiguo Testamento, el héroe es salvado, reconocido y en el Nuevo Testamento, con la figura de Jesús, la víctima, además es divinizada, lo cual no acontece en los mitos. No obstante, algo que enfatiza Girard, R. es que la violencia tiende a ser contagiosa, sobre todo cuando la víctima es inocente incita más a ser destruida, a ser el objeto sobre el cual se descarga todo el poder destructivo de la horda, de la masa; por ello Levinas, E., según Girard, R., cita recurrentemente el principio talmúdico siguiente: "Si todo el mundo está de acuerdo para condenar a un acusado, soltadlo, debe ser inocente"; sobre esto afirma Girard, R. "La unanimidad en los

grupos humanos rara vez es portadora de verdad” (158) [12]. El autor nos dice además que “las divinidades arcaicas y paganas son fúnebres” (160) [12], es decir, lo que aparentemente es festivo, realmente tiene fuertes tintes de trágico o siniestro; Girard, R. retoma una cita de Heráclito: “Dioniso es lo mismo que Hades”, sobre lo anterior aclara que “Dioniso, en suma, es lo mismo que el infierno, lo mismo que Satán, lo mismo que la muerte, lo mismo que el linchamiento: el mimetismo violento en lo que este tiene de más destructor” (160) [12]. Aunque ya buena parte de estas ideas las había planteado Freud, S., no sólo en la respuesta a Einstein, A. sino también en “De guerra y muerte. Temas de actualidad” [13] al expresar que la manifestación de la maldad, de la violencia, y de las pulsiones más arcaicas no desaparecen en los seres humanos aún bajo el influjo de la educación pues “la esencia más profunda del hombre consiste en mociones pulsionales; de naturaleza elemental, ellas son del mismo tipo en todos los hombres y tienen por meta la satisfacción de ciertas necesidades originales” (282-283) [13], agrega a lo anterior que dichas mociones pulsionales de manera inherente no son ni buenas ni malas, sino que las catalogamos de esta forma y a sus manifestaciones “de acuerdo a la relación que mantengan con las necesidades y las exigencias de la comunidad humana. Ha de concederse que todas las mociones que la sociedad proscribe por malas –escojamos como representativas las mociones egoístas y crueles- se cuentan entre estas primitivas.” (283) [13], con estas aseveraciones de Freud, S., podríamos decir entonces que la posibilidad de sofocar conductas destructivas estará en función de una presión social, o de una angustia social; a pesar de que haya en el ser humano moderno una “inclinación (disposición) a trasmutar pulsiones egoístas en pulsiones sociales” (284) [13], realmente la base, los fundamentos sobre los cuales se construyó nuestra cultura se encuentran cual lava ardiente únicamente contenida que está presta a emerger y aniquilar todo a su paso ante ciertas condiciones, lo cual fue también desarrollado Freud, S., en “Psicología de las masas y análisis del yo” [14] cuando hace alusión al contagio y sugestionabilidad de las multitudes, en las cuales aparece con cierta facilidad lo “anímico primitivo”. Freud, S. en 1915 abre cuestionamientos sobre la guerra, la

destrucción y la violencia, pues nos expresa que en general lo arcaico tiende a expresarse “Es como si, al reunirse una multitud, por no decir unos millones de hombres, todas las adquisiciones éticas de los individuos se esfumasen y no restasen sino las actitudes anímicas más primitivas, arcaicas y brutales” (289) [13].

Con todo lo anterior bien podríamos preguntarnos ¿hay esperanza? Freud, S., hace poco más de cien años, la deposita en la veracidad y sinceridad que podría haber entre los seres humanos; aunque hoy esa posible solución nos deja realmente con muchas dudas, es importante entonces repensar el ejercicio y vivencia de la violencia en estos tiempos, en nosotros mismos, en nuestro medio familiar, social y cultural, así como el efecto que tiene y tendrá en la psique y la conducta del ser humano.

BIBLIOGRAFIA

- [1] HOBBS, T. (1651) en Muchembled, R. (2008). Una historia de la violencia. Madrid: Paidós, 2010.
- [2] Cifras oficiales muestran un repunte de la violencia; sólo en abril, mil 533 homicidios. (2016, mayo 22). La Jornada, p. 8.
- [3] MUCHEMBLED, R. (2008). Una historia de la violencia. Madrid: Paidós, 2010.
- [4] GURR, T.R. (1981) en Muchembled, R. (2008). Una historia de la violencia. Madrid: Paidós, 2010.
- [5] MONSIVÁIS, C. (2009). Apocalipstick. México, D.F.: Debate, 2009.
- [6] AUGLANIER, P. (1975). La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- [7] CHEIRIF, W. A. (2015). Seminario presencial “Michel Foucault: de locuras, prisiones y palabras”. México, D.F.: Instituto de Estudios Críticos.
- [8] RÓTERDAM, E. (s/f). Citado por Muchembled, R. (2008). Una historia de la violencia. Madrid: Paidós, 2010.
- [9] CORRES, A. P. (2015). Emmanuel Levinas. La alteridad y la política. México, D.F.: Fontamara, 2015.

[10] CARUSO, I. A. (1976). Narcisismo y Socialización. México, D.F.: Siglo XXI, 1998.

[11] FREUD, S. (1933). ¿Por qué la guerra?. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.

[12] GIRARD, R. (1999). Veo a Satán caer como el relámpago. Barcelona: Anagrama, 2002.

[13] FREUD, S. (1915). De guerra y muerte. Temas de actualidad. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.

[14] FREUD, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. O.C. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.